

margarita.—El llanto del Pastor y de la oveja.—Preterición sobre el matrimonio, su significación é importancia parroquial.

Morir.—Certidumbre é incertidumbre de la muerte.—Situación del Párroco en este supremo trance.—Sus consuelos.—Los Sacramentos.—Sus palabras de esperanza y alegría.—Aplicación de las palabras del hecho de Samuel sobre el sacrificio, é invitación á él.—Sacrificio supremo del mortal.—Aceptación resignada de la muerte.—Reflexiones y súplica.

SERMON

PARA DESPEDIDA DE CURATO.

Testis est Dominus adversum vos, et testis Christus ejus in die hac, quia non inveneritis in manu mea quippiam. Et dixerunt: Testis.

El Señor es testigo contra vosotros, y su unguido es testigo en este día, de que no habéis hallado en mi mano cosa alguna. Y respondieron: Testigo.

(1.º Reg., c. XII, v. 5.)

En el día en que por vez primera tuve el gusto de dirigir la palabra á mi llegada entre vosotros, recordaréis, amados feligreses, si vuestra memoria no os es infiel, que tomando por tema y base de mi pobre peroración un hecho del mismo Sagrado Libro I de los Reyes, que ahora vuelvo á abrir para deciros adiós con todo mi corazón y con toda mi alma, os presenté á Samuel contestando afirmativamente á los betleheimitas ancianos, que le preguntaban si era de paz su llegada; y sobre esa respuesta, y la invitación al sacrificio, y la revista pasada á los hijos de Isaí, y la elección de David, el más pequeño de todos, establecí la misión pacífica del Párroco, los deseos de santificación, propia y ajena, que le animan, su disposición al sacrificio, su inspiración de lo alto para bendecir, elegir y ungir reyes para el cielo, y todas las demás grandezas inefables de su carácter augusto, que no sé, ciertamente, si habré sabido desplegar como debí ante vos-

otros, mis bien amados, durante el tiempo que he permanecido al frente de esta parroquia.

Hoy, que ha llegado el momento de despedirnos; hoy, que subo por la última vez como Párroco á este altar y á esta cátedra santa, desde la cual he procurado (Dios me es testigo), hermanos míos, tantas veces, haceros aborrecible el error y el vicio, y amable la verdad y la virtud; hoy que os hablo por la última vez, acaso para una despedida eterna, os agradezco, ante todo, la buena voluntad con que habéis acudido á escucharme, y que conserváis como indeleble recuerdo de vuestro nunca desmentido cariño; y abriendo segunda vez, vuelvo á decir, el primer Libro de los Reyes, os presento á Samuel, Profeta amado de Dios y de los hombres, ante el pueblo congregado en Gálgala, en los momentos supremos en que había de entregar á Saúl las riendas de su gobierno.

Samuel había regido, en su calidad de juez y en representación de Dios, por muchos años aquella grey escogida; había llorado con ella sus desgracias, y sus extravíos y sus ingratitudes; y había llorado más, cuando aquel pueblo, queriendo tener un Rey, á semejanza de los otros pueblos con los que guerreaba, lo pidió así terminantemente á su Profeta y caudillo; pues bien, amados hijos míos; al entregar ese pueblo tan querido para él á Saúl, ungido por su mano; al presentarle ante el mismo, Samuel protesta solemnemente de su conducta, y de su desinterés, y de su fidelidad en el cargo que hasta entonces ha ejercido, y obliga á la multitud congregada allí á proclamar, bajo juramento, sus innegables aserciones.

No exijo ciertamente yo tanto de vosotros, amadísimos feligreses, no; la emoción santa con que me estáis escuchando; vuestras lágrimas, acaso mal reprimidas; vuestros contristados rostros, aparte de las infinitas pruebas de afecto que me tenéis dadas durante mi permanencia en esta parroquia, abonan demasiado la rectitud de mis intenciones, y la sencillez y docilidad de vuestras almas. Por lo mismo, cuando en el desenvolvimiento de mi plan y de mi discurso cite literalmente

las palabras del testimonio del hijo de Elcana, no las preciséis en todo su rigor gramatical, ni mucho menos, á la situación presente; trato tan sólo demostraros, apoyado en ellas, que he cumplido, en lo posible, con mis deberes de Párroco, llevándome el consuelo de mi pobre ejemplo entre vosotros, y la esperanza de que más digno Pastor ha de perfeccionar, sin duda, en esta mi amada feligresía la obra que yo dejo, gracias á vuestra virtud, tan adelantada.

Nada me llevo de aquí, bien lo sabéis, y casi lo estáis diciendo conmigo, sino vuestro corazón: he aquí, Dios mío, lo que parafraseando las palabras de Samuel voy á confiar, que no á probar, á este predilecto pueblo vuestro y mío; os pedimos, Párroco y feligreses, esta última gracia, por la intercesión de Aquella que he saludado con ellos tantas veces:

AVE MARÍA.

Es tal, y tanta, y tan sincera, queridísimos feligreses, la emoción que domina en estos instantes supremos mi alma, y embarga mis labios, que necesito para hablaros por última vez, lo confieso, apoyarme en un cimiento sólido, en una vara de prodigios, como la de Moisés, en un bastón como el de Eliseo, que avive mis fuerzas para llegar sin tardanza á casa de la Sunamita, al fondo de vuestro corazón enternecido: vuelvo, por lo mismo, á abrir el libro primero de los Reyes, y á colocarme frente á Samuel y á su congregado pueblo.

«Yo he envejecido, decía el Profeta á Israel, entre vosotros, y mi cabeza está cubierta ya por hilos de plata; mis hijos, que lo son desde hace mucho tiempo los vuestros; mis discípulos, los jóvenes que yo he visto crecer, y á los que he consagrado mi vida y mis fuerzas, están, bien lo sabéis, entre vosotros; desde mi adolescencia, siendo casi todavía un niño, cuando mi piadosa madre Ana me consagró al Señor, he permanecido entre vosotros, amados israelitas.»

¿Puedo hacer más las palabras de Samuel ahora, mis feligreses carísimos y entrañables? ¿Vuestros hijos, no han sido los míos? ¿No los he purificado yo en las saludables aguas del bautismo, no los he visto crecer con la misma satisfacción y regocijo que vosotros? ¿No he conducido los restos mortales de vuestros seres queridos á su última morada de paz? ¿No he perdido por ellos y por vosotros todos los días en ese altar? ¿No he bendecido vuestras santas y legítimas uniones en Cristo y en la Iglesia? ¿No os he consolado en ese santo tribunal, y fuera de él, á todas horas? ¿No os he repartido desde aquí la semilla y el pan de la divina palabra?

«Hablad, os seguiré diciendo con Samuel; hablad de mí en presencia del Señor y Jesucristo, y decid si he arrebatado á alguien su buey ó su asno; si he calumniado ú oprimido á alguno; si he aceptado presentes en venta de la justicia ó disimulo de la maldad: decidlo, repetía enérgicamente el Profeta, y lo restituiré en seguida con pruebas patentes y manifiestas del más soberano y solemne desprecio.

»Y respondieron, dice el sagrado texto: No nos has calumniado, ni oprimido, ni tomado nada en violencia ó soborno, de nuestras manos.»

Pero Samuel obliga en su delicadeza de conciencia todavía más, la del pueblo que ha gobernado como autoridad suprema, y vuelve á decir con las palabras de mi tema:

«El Señor es testigo contra vosotros, y su unguido es testigo en este día de que no habéis hallado en mi mano cosa alguna. Y respondieron: Testigo.»

¿Lo veis, amados míos, lo veis? ¿Escucháis la voz de la verdad y de la inocencia, á la que no duelen prendas, según el adagio, confirmada por el testimonio y hasta el juramento de un pueblo que no puede menos de conocerla y de confesarla, porque la voz del pueblo es voz de Dios, cuando se inspira en los sentimientos de la rectitud y de la justicia?

Mas el hijo de las montañas de Efraim, aprovecha bellamente la ocasión, como yo la voy á aprovechar ahora; y á la

vez que deja plenamente confirmada su recta administración y probado por completo el cumplimiento de sus deberes, increpa duramente al pueblo, recordándole en síntesis su origen, los hechos culminantes de su historia, los beneficios de Dios pagados con negras é inconcebibles ingratitudes: les recuerda sus fases alternadas de olvido y de arrepentimiento, seguido siempre de las misericordias y del perdón de Dios: les advierte y aconseja para el porvenir; y como confirmación milagrosa de sus palabras, el horizonte sereno se cubre de espesas nubes, brilla el relámpago, retumba el trueno, descende á torrentes el agua, y el pueblo espantado se postra ante Samuel pidiendo sus oraciones.

Ni yo soy Samuel, hermanos míos, ni vosotros, preciso y agradable es reconocerlo, sois de la raza y del carácter de aquel pueblo de cerviz dura y de sentimientos carnales y groseros, para usar la frase misma de la revelación divina: pero yo, que no soy santo como Samuel ni he ejercido, lo confieso humildemente, mi pesado cargo con la severa exactitud del Profeta, ni dispongo, por otra parte, de las llaves del cielo en el orden de la naturaleza, pero que las poseo en el de la gracia por la de Dios, y os he convidado á entrar en él tantas veces con mi autoridad de Párroco que me ha confiado la Iglesia como Sacerdote católico que soy, os llamo por última vez solemnemente desde este augusto recinto, ovejas extraviadas, almas perdidas, hombres de odios inveterados, pecadores públicos escandalosos, infractores de los preceptos de Dios y de su Iglesia: ¿Habéis oído á Samuel? ¿Habéis visto la actitud del pueblo aterrado? ¡Ah! El cielo no truena, ni se pierden ahora, precisamente hoy, vuestras cosechas, pero podrán perderse, hijos míos, podrán perderse, porque mi Dios y el Dios vuestro es el mismo Dios de Samuel y del pueblo israelita, á cuya voz, en frase de la Santa Escritura, obedecen la nieve, y el granizo, y el fuego, y el hielo, y el soplo de la tormenta....! ¡Temblad! ¡Si no queréis escuchar mi voz, que es voz y trueno de Dios, escucharéis el trueno de lo alto, y acaso mi sombra, mi

memoria, mi recuerdo, estará á la cabecera de vuestro lecho de moribundos para juzgaros, para ser acusadora y testigo en la presencia del Altísimo, de vuestra dureza de corazón, semejante y superior á la del pueblo israelítico!

¡Oh Dios mío! ¡Perdón para ellos desde ahora! ¡Que yo, imitando á vuestro Hijo en la cruz, perdono desde la mía, formada por las penas y disgustos que ellos, acaso sin conocerlo, me han proporcionado! ¡Que yo los perdono á ellos y á todos los que puedan haberme ofendido, y pido perdón, de rodillas, si es preciso, á mi vez, á todos mis feligreses, amigos ó enemigos, buenos ó malos, porque Vos mandáis perdonarlos á todos!

Basta, mis amados, basta: cerremos el libro de los Reyes, porque Samuel no es todavía el Sacerdote católico, y para descansar de emociones tan fuertes, abramos el de los Hechos Apostólicos de San Pablo, convertido de la Ley á la Gracia.

Marchaba el Apóstol de Mileto para Efeso, y su despedida es tan bella, tan enérgica, y sobre todo tan dulce y tan conmovedora, que, preciso es confesarlo, oscurece la protesta de Samuel hasta cierto punto, haciendo resaltar con tintes brillantísimos y especiales la diferencia de los dos Testamentos, la dureza aunque justa del Antiguo, y la inefable inmerecida misericordia de Dios para con el hombre en el Nuevo.

El Santo perseguidor, convertido en infatigable obrero de Jesucristo; el que en su profunda humildad no se cree digno de ser llamado Apóstol, ó en su caso el más pequeño y el último de todos, por esa razón misma, pasa rápidamente, digámoslo así, por la protesta de su conducta y de su celo durante su estancia entre aquellos amados hijos, para decirlos en seguida, y como sin tomar aliento apenas, que se ausenta de su lado, pero que allí entre ellos deja su alma: que no verán más su rostro, pero que lleva los suyos metidos en su corazón; que le esperan sin duda tristezas, persecuciones y cárceles, pero que no abatirán su esperanza, ni debilitarán su vigor, ni borrarán sus recuerdos; les predice también divisiones y calami-

dades, y lobos robadores futuros en la grey amada, y les previene contra sus asechanzas invocando su memoria y su cariño y sus lágrimas de día y noche durante tres años: nada se lleva, sino eso, de entre los de Mileto, porque se mantuvo como jornalero con el trabajo de sus manos: les habla de los enfermos y de los pobres, y se los recomienda con una sentencia de su Maestro en favor de la caridad incesante y sobre todo; y luego dobla sus rodillas y ora, y todos con él: y cuando se levanta, el llanto silencioso y mal comprimido se desata ya en gemidos y en sollozos; y la multitud se abalanza á su cuello y cubre de besos aquel rostro espejo de corazón tan grande, y aquella garganta eco de la palabra de Dios, destinada al filo del cuchillo; y le acompañan regando con sus lágrimas la ardiente playa hasta la nave, y llevando cada uno de ellos una palabra clavada en el corazón, la palabra con que les había dicho que no volverían á ver ya más su rostro!

¡Feligreses míos! ¿Qué hacéis? ¿Os habéis puesto de rodillas para orar conmigo? ¿Estáis reprimiendo el llanto? Mirad, os lo suplico, hijos míos, que no soy San Pablo, ni aquí estamos en Mileto: aquí no hay más que un pobre Sacerdote, el más indigno, el más pequeño, eso sí, lo repetiré con el Apóstol, de todos los ministros del Señor! ¡Otro vendrá mejor que yo! ¡El Señor os dará Pastor cortado según su corazón de Padre! ¡Mirad, no lo aseguro precisamente yo, es una promesa consignada en los Libros Divinos!

¿Os conmovéis por el contexto de la despedida de San Pablo? ¿Creéis que no volveréis más á verme? Vamos, enjugad vuestras lágrimas; que ni yo, amados de mi corazón, puedo asegurarlo con la inspiración del Apóstol, ni, ya os lo dije al comenzar, habéis de hacer aplicación literal de los pasajes de la Santa Escritura á la situación y al caso en que nos encontramos: no puedo aseguraros con San Pablo, ni mucho menos, que he de salir de aquí para padecer mucho lejos de vosotros; pero aunque todo eso sucediera, aunque sufriese mucho y no nos volviéramos á ver, ¿qué importaría, mis amados, si vos-

otros y yo nos consolábamos en el mutuo recuerdo y oraciones, y si después de todo vosotros y yo que tanto nos amamos en vida nos amaríamos para siempre en el cielo?

Pero ya es tiempo de despedirnos de una vez, queridos feligreses míos, y tampoco es posible prolongar esta situación, harto crítica y difícil para todos: á todos encomiendo, como San Pablo, á Dios, á su palabra y á su gracia, poderosa para edificar y haceros herederos de su prometida recompensa: no creo, lo confieso con sinceridad, y lo suplico á Dios con toda mi alma, no creo, vuelvo á decir, que se levanten jamás entre vosotros lobos rapaces que no perdonen nada, ni vejez, ni inocencia, ni virtud, ni recuerdos para pervertirla; ¡pero aun, entonces, acordaos, amados parroquianos, de mí, para hacer frente á esa invasión del mal, para permanecer firmes en la fe de vuestros mayores, para reprochar dura y enérgicamente á esos infelices en mi nombre y en el nombre de vuestros padres que acompañé á la tumba, y de vuestros hijos que he visto crecer, y de vosotros mismos de quienes me despido, sin poder acabar nunca de hacerlo, su conducta extraviada y desastrosa, los pocos ejemplos buenos que os pueda haber dado, el amor que os profesé y estas últimas palabras que os estoy dirigiendo, antes de ausentarme de entre vosotros!

Y ahora ya, mis amados hermanos, feligreses é hijos, ¡adiós! ¡Hemos vivido juntos, hemos orado juntos, juntos hemos participado vosotros y yo durante todo este tiempo que he permanecido al frente de esta querida parroquia, de los dolores de la vida y de las alegrías santas y hermosas de la verdad y del bien! ¡Adiós! Si no nos volvemos á ver, ¡adiós para siempre! ¡Nos veremos un día felices y dichosos sin término! ¡Si nos vemos, que sea para admirar vuestros adelantos en la virtud, vuestra perseverancia en la fe y en las buenas costumbres, para bendecir con David á la generación que nace, á llorar por el recuerdo de la generación que va desapareciendo de nuestra vista! ¡Que Dios prospere sin cesar vuestras casas, vuestras familias y vuestras propiedades! ¡Que aparte de esta

mi parroquia todo mal, y la mire siempre con ojos de clemencia y de predilección durante la vida! ¡Que la provea de buenos Pastores, y que á Pastores y ovejas nos reuna un día para siempre en el redil eterno de la gloria!—Amén.

PLAN DEL SERMÓN PARA DESPEDIDA DE CURATO.

Testis est Dominus adversum vos, et testis Christus ejus in die hac, quia non inveneritis in manu mea quippiam. Et dixerunt: Testis.

El Señor es testigo contra vosotros, y su ungido es testigo en este día, de que no habéis hallado en mi mano cosa alguna. Y respondieron: Testigo.

(1.º Reg., c. XII, v. 5.)

Recuerdo del sermón de entrada sobre el hecho de Samuel, contestando á los ancianos de Belén.—Ahora ungiendo Rey á Saúl.—Bellísima protesta del Profeta ante el pueblo, que hasta entonces había gobernado en nombre y representación de Dios.—Aplicación á la despedida del Párroco.

Ampliación de este pasaje.—Protestas y contestaciones de Samuel y del pueblo.—Aplicación de todo al caso presente.—Llanto de Samuel por el pueblo.—Reproche del Profeta á Israel.—Consejos para el porvenir.—Tempestad milagrosa.—Aplicación de todo á las circunstancias y cargo parroquial, en protesta.—Perdón á todos, y petición de perdón á todos.—Amenazas.—Aparición de Samuel á Saúl.—Transición á la Ley de gracia.—Despedida de San Pablo de sus fieles de Mileto.—Escena encantadora en todos sus detalles.—Respuesta del pueblo á su Pastor.—Le acompañan hasta la nave.—Aplicación al asunto.—Promesas del Párroco para consuelo de todos.—Despedida y súplica.
